

Crecimiento del día

I

Letras, incisiones en la arena, en el vaho. Signos que borra-
rá el agua o el viento. Símbolos neciamente aferrados a la
hora que se cumple dentro de mí, al silencio. ¿Para qué
hendir esta remota soledad de las cosas? ¿Por qué llenarlas
de plegarias, de trazos, de invocaciones? Porque es un
modo de redescubrir el espacio, el origen; de iluminar, me-
diante el pobre conjuro, la ávida sombra que se cierne sobre
el instante. Porque así las murallas de esa cárcel de azogue
que yo mismo he erigido, no prevalecerán contra mi nada.

II

He inventado la selva, pero me falta un árbol que la pue-
ble. A la orilla del sol, un mediodía se impregna de escalas
luminosas. En los densos abismos de una gota de agua, el
pez creciente sueña con detenerse, encadenado. Y así como
de la enfermedad nace la fiebre, la combustión del tiempo
engendra al sol. En los pasadizos de una hoja de sauce, en
la urna del polvo que suspende la luz, en las cordilleras de
un grano de sal, yace y se hace lo indecible. Todo principio
gira. La edad de piedra petrifica el misterio. Y la ceniza,
oh tierra, siente nostalgia del incendio. Se levanta y te
arrasa — selva, maraña que no conocerás mi último día.

III

Distancias, llanuras, escarpaciones: años incorporados a mi
sangre (que no esperan volver porque están vivos). Me
configuran, me retractan, pulen mi máscara y mi cara.
Me hablan de la batalla que perdí sin reñirla — y de ésa
que libraré contra los muertos. Soy el despreciable centi-
nela que no estuvo en su sitio para correr la voz de alarma.
Y al lado mío —cómplice— se sucedían los desastres y las
devastaciones. Como aquel de Judea, me he lavado las ma-
nos ante una turbamulta: un tribunal que, desdeñando
esos recursos, dicta implacable mi condena.

IV

...La palabra despierta: abre los ojos, dice apenas que
existe, se dibuja...

V

Olvidada del mar, una ola naufraga en la bahía desierta.
Nadie pregunta a la cambiante nube de qué fuente alzó
el vuelo. Se va a pique el otoño, rota generación de hojas
baldías. Tenemos que gastarnos — como ese lápiz sordo
contra el muro.

VI

Al alba otro rumor:
la tierra nace
la luz se reconstruye
el viento borra.
Asediada de cánticos, la noche
es una isla que anegó la costa.
Si vamos a partir
deja tu rostro
abandona el amor.
La piel del aire
como un tatuaje nos señala.

El día
se arroja en la marea.
Y la mañana
 invadida de hogueras
se despuebla.

VII

En los acantilados, en las ruinas
grabé ese nombre.
(El astro resplandece
mientras dentro
se derrumban espacios, superficies.)
En las ramas caídas, en el polvo
creció ese nombre.
(Cada estuario
prueba la sal del mar
y hunde a los ríos.)
En las dominaciones, en los reinos
que ese nombre cubrió,
las dinastías
sin esperanza se han rendido al tiempo.

VIII

En la noche de lluvia un fragor muerto
y los árboles arden y nos queman.
El fuego verde de la luna, angosto
murmullo del infierno nos rodea.
Ira, mosca de espuma, sapo: hierve.
No te pido piedad, lenguaje: brama.
Descienda el trueno;
 sus llameantes alas
caigan a ahondar el árido sepulcro.

IX

Ceremonia del círculo, materia,
calcinación, alianza
 estoy buscándote.
Desamparado y no, la levadura
del cotidiano hundirse y recobrarste.
Y tú, sal de la noche,
 sal eterna:
Oficia, resucita, tiende lazos
—y los errantes cuerpos, las miradas,
irrevocablemente se consagren.

X

Te detienes al centro del verano
y brota un año más, otra clausura.
—La tarde está brillando en la espesura
y llena la caricia de tu mano.
El día se tiende en el confuso llano.
El aire es una voz: calla y murmura.
Todo se pierde o todo se apresura,
y se oscurece en el confín lejano.
Será tuya la noche, será tuya
esa oquedad sin nombre, ese vacío
en que reina la nada, el poderío
del instante perpetuo y desterrado:
El tiempo circular, acantilado;
la arena que a su paso te destruya.